

## **SOY MUJER, SOY BRUJA** de Noelia García Aranda

---

Mi madre nació con el primer rayo de luz que iluminó la tierra, ríos y valles que hoy conocemos.

Nació a la vez que la humanidad. Surgió de una roca como una cría de ave rompe la cáscara de su huevo y en cuanto una ráfaga de aire acarició su piel de mármol, sintió como le llenaba el calor de lo que era vivir.

Aprendió a caminar tan rápido como lo que tardó en respirar la primera vez. Sus piernas y brazos ya eran tan largos como ramas para cuando dio el primer paso. Acababa de nacer y ya tenía la apariencia de una joven que había visto muchas lunas y soles, pero eso lo entendió después.

Tan rápido como los vio, dos días después de su nacimiento, se reunió con un grupo de humanos que reconoció como semejantes. Aprendió mucho de ellos. los vio crecer, cazar, alimentarse y reproducirse. Ella cazó con ellos y vivió tal y como ellos lo hacían, pero pronto esa sensación de pertenencia a estos humanos desapareció. Porque también los vio morir, y ella no moría.

Aún así no se separó del grupo y siguió conviviendo con ellos. En seguida descubrió que tenía habilidad para ayudar a dar a luz a los hijos de las madres y a tratar las enfermedades que sufrían los hombres más viejos. Los humanos le dieron el nombre de lo que en nuestro idioma significa Madre, como yo me refiero a ella, aunque no tuviese ningún hijo propio para ese entonces, y comenzaron a tratarla y venerarla como si de una deidad se tratase.

Mi madre sabía que no era ninguna diosa, sangraba y lloraba como los humanos, pero sabía que estaba más lejos de los humanos que de los dioses. Las yemas de los dedos se le iluminaban cuando trataba a los enfermos, y sus ojos se hacían llamas blancas cuando sentía ira. Con todo esto, mi madre empezó a preguntarse qué era ella y si era la única con esa condición.

Cerca del primer milenio de edad, la vida de mi madre no había cambiado mucho. Ahora vivía en una aldea, en un pequeño castro de piedra donde tejía, cantaba y elaboraba ungüentos con plantas que recolectaba. Ella era la misma que había sido siglos atrás, pero más sabia. Empezó a escribir para explicar y compilar todo lo que

había aprendido con la esperanza de que sus conocimientos fueran más que suyos solo.

Sin embargo, el mundo alrededor, la sociedad de sus semejantes sí había cambiado. Comenzó la creación de objetos con metales y metales preciados, las propiedades y sus disputas, las envidias... Lloraba las muertes y trataba de impedir las. Pero con el transcurso del tiempo, las personas a las que ayudaba ya no la veían como una diosa a la que venerar, la veían como una anomalía peligrosa y temible. Se convirtió en una bruja.

Repudiada, se refugió en los bosques durante años. No porque se sintiera amenazada por los humanos, sabía que ella era lo suficientemente poderosa como para detener guerras haciendo uso de su magia y su fuerza, pero sabía que si se quedaba, tendría que intentar ser lo menos diferente posible, y prefería permanecer sola entre árboles y seguir aprendiendo y estudiando todo lo que ella era sin ningún tipo de limitación. Aunque su sabiduría y sus habilidades curativas seguirían siendo utilizadas por ciertas personas conocedoras, curiosas o necesitadas.

Pasó otro milenio y mi madre tuvo una nueva acucia. Nunca había deseado algo tanto como lo hizo aquella vez. Quiso ser madre de verdad.

Su anhelo era más difícil que ambicioso, sabía que no podía quedarse embarazada como los humanos, pero también sabía que podía hacerlo realidad. Y lo haría sola.

Una noche de luna llena, se acercó al lago de su bosque. Y mientras cantaba la más bella de las melodías escuchadas nunca, comenzó a formar una figura con la arcilla de la orilla. Un torso y extremidades, y una cabecita, formaron un cuerpecito diminuto. Dos piedras blancas y redondas hicieron de ojos, abiertos grandes y luminosos. Y con un beso, formó la boca. Un susurro lleno de todo el cariño del mundo alcanzó los oídos de la muñequita: "eres mi hija".

Después de haber terminado la construcción de su descendiente, caminó hasta el interior del lago, y hundió la figura suavemente, dirigiéndola al fondo. Miró a la luna y deseó con todo su corazón, fuerzas y calor, que el bebé que había creado también tuviera parte de su corazón, que le regalara sus fuerzas y que su cuerpo también liberase el calor de vivir.

Inesperado o no, cuando mi madre volvió a sumergirse en el agua, vio el cuerpo rosado de un bebé recién nacido en el fondo. Lo recogió lo más rápido que pudo y lo llevó a la superficie. Empezó a llorar.

Había nacido su hija, había nacido yo.

Era pequeña, diminuta, y aunque había acunado a cientos de bebés recién nacidos a lo largo de esos siglos, sintió algo que no había sentido jamás. Yo era su creación, y había creado algo más que vida: yo era su amor.

A medida que crecía, mi madre me enseñaba todo lo que ella sabía. Con dos años de edad, ya tenía la apariencia de una niña humana de algo más de doce años. Salíamos al bosque en la mañana para recolectar frutos y algunas flores. En casa me explicaba para qué podía utilizar cada una de ellas y me hacía escribirlo en sus libros. Yo apuntaba con atención cada palabra que me decía y también cada uno de mis pensamientos.

Desde pequeña entendí que éramos mujeres diferentes. Mujeres, además, perseguidas. Quería dejar por escrito cada uno de nuestros días y explicar cómo fue nuestra existencia. Tenía el miedo constante de desaparecer tan rápido como habíamos aparecido en este mundo que no parecía nuestro.

Ese tanto añorado sentimiento de pertenencia solo aparecía cuando mi madre trabajaba de curandera o matrona en pueblos cercanos. Yo la acompañaba, observaba y documentaba cada detalle. Eran los únicos momentos en los que salíamos de nuestro bosque. Mi madre me pedía que no lo abandonara sin ella. Era muy consciente del peligro.

Aún así, me atrevía a explorar los alrededores por mi cuenta. Caminaba hasta algún claro, me tumbaba en la hierba y con un poco de carboncillo dibujaba en los libros todo lo que veía: los pájaros, los zapateros y el sol que acariciaba la superficie del agua del río, las hojas de los árboles que se mecían a mi alrededor.

Éramos yo, mi madre y toda la naturaleza, la tierra que sí sentía mía. Nunca necesité más. Era feliz. Y lo fui de esta manera por más de un milenio.

Una tarde de verano, mientras recogía mis lápices y pinturas, lista para regresar a casa, distinguí una columna de humo sobre el bosque. La miré con detenimiento sin comprender de qué podría tratarse, pero cuando me levanté de la hierba, mis pies se movieron solos. Arrojé mis cuadernos al suelo y corrí tan rápido como pude mientras me levantaba las faldas y apartaba las ramas de mi camino.

Solo llegué a ver un infierno de llamas.

Era 1638 y había comenzado la caza de brujas en el valle de Tena por la Inquisición. Se acusaron a más de doscientas cincuenta mujeres de brujería: dos de ellas fuimos mi madre y yo. Mi madre fue la única ejecutada.

Han pasado algunos siglos más, tengo dos mil quinientos veintidós años y sigo viva.

Vivo rodeada de otros humanos, semejantes a mí pero no iguales. La diferencia lo es todo y por eso seré temida durante toda la eternidad. Porque soy mujer y soy bruja, vivo con el miedo a ser repudiada, usada, asesinada, y el temor a desaparecer en cualquier momento permanece.

Y si pensé en algún momento que, tras tantos años de oscuridad y terror, esta diferencia desaparecería, me equivoqué. Porque tengo miedo de salir a la calle y desaparecer, porque pese a que soy vida, soy amor, solo seré bruja para aquellos que quieren hacerme daño.

Pero sobrevivo. Escribo sobre mi madre y sobre los recuerdos que no se convirtieron en ceniza por la mano de todos aquellos que deciden que lo diferente es pérfido y no algo hermoso que amar y proteger. La mano de los que quieren poder y control sobre mí y todas las mujeres.

He tenido miedo durante toda mi vida. No quiero tener miedo ni un segundo más.